

que se siente y se palpa que allí está el eje de la historia; que aquella roca sagrada es el punto central del mundo. El muro hebreo es símbolo de la letra que mata, el sepulcro de Jesús lo es del espíritu que da la vida.

Cuando el Satán que pinta Milton en el *Paraíso Perdido*, escapado de los abismos infernales, se lanza a los espacios en busca de la tierra, morada feliz del primer hombre, ve de pronto salir el sol en todo el esplendor de su belleza, y entonces, en un acceso de envidia y de odio contra todo cuanto representa vida y alegría, exclama enfurecido: «Oh sol! Yo te aborrezco!»

El pueblo fiel al ver aparecer la mansa figura del Salvador, en actitud de bendecir al mundo, exclama, en raptó de entusiasmo y amor: «Oh sol de caridad y de dulzura, yo te adoro!»

DISCURSO

pronunciado por el Sr. Dr. Francisco de P. Pérez, Ministro de Hacienda y Crédito Público, el día de la solemne recepción de la estatua de CRISTO REY

Excelentísimo señor Presidente de la República, excelentísimo señor Nuncio, ilustrísimo señor Arzobispo, señoras y señores:

Aquí, en esta misma plaza, que recogió estremecida el grito heroico de los insurgentes y que sintió las pisadas victoriosas del corcel de Bolívar, nos congregamos a rendir homenaje al Divino Libertador de las almas.

Las jornadas de la República iluminaron sus horizontes con los fulgores de aquellas enseñanzas, que impusieron al paganismo la fuga de sus dioses, y que

hicieron surgir del seno fecundo del propio sacrificio y de la propia sangre de los mártires las columnas eternas de la civilización cristiana.

El mundo de la violencia y de la fuerza hubo de prosternarse ante la justicia y el derecho que nacían; la cruz que alzaron los vencidos, creyéndose vencedores, marcó a la humanidad el norte único de sus destinos: el Calvario dividió la historia y cerrando los desfiladeros del odio abrió los caminos de la fraternidad universal.

Y esa transformación la quiso confiar al tiempo el Dueño y Señor de las eternidades.

Si en la economía de las fuerzas divinas un átomo de segundo hubiese bastado para realizar la obra redentora, Jesucristo la humanizó, y al predicar su doctrina, en los tres años de vida pública, nos legó el ejemplo de su apostolado indicándonos que las grandes ideas germinan y crecen con el abono de las incomprendiones y con el riego del martirio.

La omnipotencia, voluntariamente despojada de sus demás atributos, le confió al amor la obra de renovar a los hombres.

Amor de madre, suma y compendio de todos los amores, puso en sus labios cuando llamó a los niños; amor compadecido cuando buscó a los leprosos; amor apostólico al dialogar con los fariseos y los publicanos; amor milagroso cuando los ciegos vieron y los muertos resucitaron; amor que rompe las tradiciones y quebranta las fórmulas, en la parábola del samaritano; amor que diviniza el patriotismo y la amistad cuando llora sobre Jerusalén y sobre la tumba de Lázaro; amor negado en las vacilaciones de Pedro y traicionado con el beso de Judas; amor que perdonó a Magdalena y nos mandó abrazar como a hermanos a los enemigos que nos persiguen y calumnian.

En esos postulados de la nueva filosofía, predicada

y vivida, se immortaliza el venero inagotable del cristianismo. Hombres y naciones tendrán que rendirse, por todas las edades, «al deshonor del Gólgota».

Cuando la humanidad olvida esas normas restauradoras se siente agobiada por las más graves incógnitas de sus problemas: ensaya teorías, busca soluciones; adormece sus inquietudes; engaña y es engañada.

Un día el oro egoísta pretendió extender sus dominios y apoyado en todos los elementos aprisionó las fuerzas de la naturaleza en servicio de la industria. El agua y el aire cautivos impulsaron las complicadas maquinarias. Sobraron los brazos.

En las entrañas de la tierra, los huérfanos del sol, eran una colonia esclavizada; las fábricas reclutaban al hombre, a la mujer, al niño; las enormes ciudades y los inmensos centros fabriles consumían las energías de la raza; la vida de las familias obreras perdía sus atractivos; el trabajo en almoneda fluctuaba en su remuneración como cualquiera otra mercancía competida; una desmedrada igualdad política era incapaz de contener las desigualdades económicas que por exceso de ambición en los de arriba creaba recelos y rencores en los de abajo; el antagonismo de clases iba rompiendo el equilibrio social, y las exageradas tendencias individualistas fracasaban, estimulando reacciones extremas.

En las colinas del Vaticano la blanca figura de León XIII, inclinado bajo el peso de sus años y de sus glorias, se alzó como en otro siglo la de Pío V ante las arremetidas de la Media Luna.

Repitió el Pontífice las bienaventuranzas de los humildes que oyeron sorprendidas las multitudes en el sermón de la Montaña; avanzó en el análisis de las reglas que garantizan una organización dirigida sólidamente a realizar la equidad; recordó aquella sentencia divina de que siempre habrá pobres en medio de nos-

otros, en todos los tiempos y en las regiones todas del universo; rechazó los sistemas de una sociología soberbia que pretende levantar sus bases sobre la razón humana y encuentra el muro inquebrantable que detiene sus quimeras y recorta los vuelos de su rebeldía, en el dolor eterno de los nacidos de mujer; preconiza la necesidad de armonizar los conceptos de justicia y de caridad en la solución de los problemas sociales; renovó los mandamientos del amor cristiano e hizo que en esta lucha de la vida recogiéramos a quienes, con los pies desnudos, desfilan en los cuadros de infantería y son los que sepulta el olvido desde la primera descarga.

Otro día las ambiciones y los odios abrieron de nuevo el abismo sangriento de la guerra y enrojecieron todos los horizontes.

El cielo, la tierra y el mar fueron testigos de aquella crueldad civilizada que rivalizaba con la barbarie primitiva en sus anhelos destructores.

Maravillas del arte realizadas por el genio, en varias centurias, destruidas quedaron en minutos; lienzos inmortales, desgarrados; mármoles en que cinceles creadores infundieron la vida, rodaron como despojos de la muerte; el arco derruido de las catedrales y el crucifijo despedazado que se alzaba sobre las ruinas ennegrecidas, todo presagiaba la derrota definitiva del idealismo y ahogaba en los espíritus el aliento supremo de la esperanza.

Por encima de los rendidos en la batalla y abriéndose paso entre los combatientes avanzaba un escuadrón único, cuyo santo y seña era un grito de amor y cuyas insignias, una toca blanca o una cruz roja, eran reproche y desafío a la fiereza de los hombres.

De año en año los fusiles callaban; enmudecían las ametralladoras; el avión siniestro descendía de los aires

como arrepentido de su obra; el barco guerrero encontraba puertos amigos, y de las escuadras submarinas surgían los nuevos héroes de la humana perfidia que imploraban un rayo de sol.

Eran los días de navidad y su solo recuerdo significaba Imperativo mandato de paz.

La locura roja, embravecida, calmaba el furor de su oleaje con el aceite divino.

De los labios ungidos de Benedicto XV brotaron los mensajes pacificadores y muchas de las cláusulas que hizo triunfar el Presidente Wilson, en los centros de la diplomacia, encarnaban el pensamiento del Pontífice precursor.

La influencia del cristianismo seguía triunfando.

*

El Prelado ilustre, las damas esclarecidas y los distinguidos caballeros que han organizado este homenaje comprenden las excelencias del apostolado social y quieren la inspiración y el apoyo de Aquél que, antes de alejarse de los humanos, sintetizó su misión sobre la tierra, diciendo: «Mi paz os dejo, mi paz os doy».

Por eso han espigado en ese campo y han dirigido sus actividades a favorecer, con señalado empeño, a la clase media, que tantas amarguras devora en el silencio. Bien saben ellos que la fuente de la limosna suele rodar de los dominios del acaudalado a los del miserable, sin tocar en su camino con esos infortunados que no salen por las calles mostrando sus dolores.

Podrán idearse legislaciones y combinarse iniciativas, pero estas delicadezas, que tienen algo de maternales caricias, no pueden brotar sino de aquel Corazón que supo entregarse por entero a la humanidad.

Siga su Imagen presidiendo en donde quiera nuestros esfuerzos; sea luz en la mente de nuestros mandatarios y legisladores que le confiesan y se unen al

férvido tributo del alma popular; sea emblema de valor en los defensores del territorio patrio; brille como un símbolo de redención amparando, con sus brazos abiertos, las ciudades que lo cuentan como centinela que las defiende y custodia el sueño de sus moradores; tenga sitio de honor en los hogares; recuerde al potentado y al empresario sus deberes para con nuestros hermanos los pobres que han hambre y sed de justicia; ilumine la mansión de los humildes, ya en el tugurio de las callejuelas, ya en la campiña donde la naturaleza es como una sonrisa de su bondad que alimenta las ilusiones del jornalero y conforta sus energías en la faena cotidiana.

Nos alejamos de tí, Señor, cuando entre hermanos revivimos el culto a las pasiones bravías y pretendemos que se cierren los cauces de la serenidad y de la razón; abandonamos tus doctrinas cuando queremos menoscabar el derecho ajeno y acomodar nuestros juicios a dos pesas y dos medidas; desvirtuamos tus enseñanzas cuando esgrimimos la injuria o la calumnia como arma de combate; desoímos tus mandatos cuando estimulamos la lucha de clases, por abandono en reconocer lo que unas a otras se deben, o por injustificado anhelo de crear antagonismos y represalias.

«Venga a nos el tu reino».

Que la fuente de aguas vivas de tu costado conforte y sosiegue los corazones de los hombres ávidos de misericordia y de perdón.

